

## IX

El aprecio con que durante su vida fué mirado Gustavo Adolfo Becquer en un pequeño círculo de amigos, lo mucho que entre los redactores de *El Contemporáneo* eran estimados sus escritos en prosa, y hasta la reputación de artista de que su hermano Valeriano gozaba, sirvieron de poco á nuestro poeta para darse á conocer y hacerse aplaudir del gran público, adquiriendo alta fama. Hasta después de su muerte no la adquirió. Hasta que sus mortales despojos fueron encerrados piadosa y humildemente en el sepulcro, no se elevó su espíritu *in dias luminis oras*, ni se grabaron ni resplandecieron sus pensamientos en la memoria y en el corazón de los demás seres humanos.

Póstuma fué la gloria de Becquer, y en gran parte debida al amoroso cuidado con que algunos compañeros suyos publicaron y recomendaron sus obras. Ellos también fueron poetas, pero prefirieron á la propia gloria la de Becquer. Así Augusto Ferrán,

injustamente casi olvidado en el día, y cuyos cantares de *La Soledad* fueron por el mismo Becquer celebrados con no menos razón que entusiasmo y elocuencia. Y así también otro notable y digno representante de la antigua y persistente escuela sevillana, que á la elegancia y perfección clásicas de la forma, de que dan clara muestra las octavas al verano, unió á veces la enérgica y viva pasión del demócrata, del librepensador y del enamorado creyente en el progreso. Me refiero á Narciso Campillo, menos aplaudido de lo que merece por algunos cuentos suyos, como el graciosísimo y humorístico que lleva por título *La niña de los cinco pisos*, y por su leyenda titulada *La monja*, que aunque religiosamente deba condenarse por el sentir anticatólico que la inspira, quizás no valga menos, por el terror trágico que infunde, que la tan famosa *Novia de Corinto* del Júpiter de Wimar, más conciso en esta composición que nuestro vate, pero no más brioso, correcto y fácil en el estilo.

Sin embargo, quien importó más que nadie en la presentación de Becquer al gran público y en la repentina iluminación de su ya perenne gloria, fué otro escritor, poeta también, que malgastó su ingenio en escribir



sátiras y epigramas políticos, y cuyo mejor título á que la posteridad le recuerde con gratitud y cariño es el de haber salvado á Becquer, consiguiendo que tomase posesión de su conquista de la inmortalidad, harto mal segura antes.

Reunió las obras de Becquer, en prosa y en verso, y las dió á la estampa acompañándolas de un bien escrito prólogo, don Ramón Rodríguez Correa, más conocido por su ameno trato, su desenfadado y alegre humor y sus chistes y agudezas, que por el valer de sus escritos literarios, á pesar de su novela *Rosas y perros* y de algunas letrillas jocosas, entre las que sobresale por su delicadeza una donde, alternativamente, ya tiene envidia el poeta, ya lástima de quien está casado.

El rápido buen éxito de las *Rimas* de Becquer sobrepusó todas las esperanzas de sus íntimos admiradores.

Él fué, á la verdad, un poeta subjetivo, pero logró que su subjetivismo interesase y conmoviese más á sus semejantes que los objetos todos.

El poeta que sostiene y ensalza determinada religión, puede desagradar y hasta repugnar al que no es religioso de la misma manera; el que sigue tal ó cual doctrina

política, al que profesa la contraria; el patriótico, á quien tiene otra patria ó á quien le importa poco la patria si tiene la misma; y el que, fervoroso creyente en los adelantamientos y mejoras de nuestro linaje, indica la senda por donde conviene ir para lograrlos, á quien no cree ni espera en tales mejoras y adelantamientos, ó bien entiende que para que se logren es otro el camino. A Becquer poco ó nada de lo dicho le preocupa y le inspira. Su inspiración, la llama vivísima que arde en todas sus concisas y bellas canciones, procede de un foco donde apenas hay alma que no se encienda, procede de la inextinguible hoguera del amor, alimentada y enriquecida con los esplendores de la belleza, ya natural, ya artística, que el poeta ha visto y ha sentido como pocos, y cuyo hechicero poder acierta casi siempre á expresar con raro laconismo.

Empeño inútil é imposible me parece el de averiguar y declarar quiénes fueron las mujeres de las que Becquer anduvo enamorado: la que hablaba con él, como Julieta, en el balcón donde anidaban las golondrinas y donde se enredaban las tupidas madreselvas; la que le dirigió mirada tan beatificante que le hizo exclamar: ¡Hoy creo en Dios!; la que con su mano de nieve



arrancó melódicos sonos del arpa olvidada; la que por infidelidad y traición hizo comprender al poeta por qué se llora y por qué se mata; la que encerrada en el claustro dejaba oír su voz cantando maitines, cuando en el silencio de la noche rondaba el desvelado poeta en torno del monasterio; la que prueba, con la sola afirmación de que es, que la poesía será siempre; la que evoca por su mero recuerdo al amor que pasa, entre olas de armonía, alborozando la tierra con batir de alas y rumor de besos; y la que amarga y quizás acorta el vivir del poeta, cuyo espíritu se propone aguardarla á las puertas de la muerte para darle, cuando ella llegue, todo lo que hasta entonces ha callado.

Yo me atrevo á sospechar que ninguna de estas mujeres vivió jamás en el mundo en que todos corporalmente vivimos. Cuando el espíritu del poeta bajaba á este mundo, tenía que luchar con tantas miserias, se veía engolfado y ahogado en tantos apuros, y necesitaba emplearse en tan prosaicos asuntos, de crematística ruin y casera, y hasta de pan cotidiano, que no buscaba, ni hubiera hallado aunque las buscara, á esas mujeres elegantes y semidivinas que ora hacían de él un Romeo, ora un Ma-

cías, ora un Otelo ó un Tetrarca. Por fortuna, el espíritu del poeta solía escaparse con frecuencia de mundo para él tan ingrato, y merced á su etérea ligereza, ponerse de un vuelo en el reino de las hadas: en la región luminosa de los más dorados ensueños. Dijérase que, ya montado en el Pegaso, iba como Perseo á libertar á Andrómeda, ya caballero en el Hipógrifo, subía como Astolfo á los astros en busca de hermosuras y de bienes, por acá raros ó perdidos, ó ya, como el doctor Fausto, se ponía sobre los lomos del Centauro, traspasaba los límites del universo real y se internaba en el país de las quimeras.

Quiméricos son, en mi sentir, cuantos amores dan asunto á los versos de Becquer y cuantas mujeres los inspiran. Para gozar ó padecer en realidad de aquellos amores y para enredarse en ellos con aquellas peregrinas mujeres, faltaron á Becquer tiempo, ocasión, salud y dinero. Para su bienandanza durante la vida mortal, no decidiré yo si esto fué bueno ó malo, pero sí decido que fué bueno para su gloria. Con frac elegante hecho en París ó en Londres, con finísima ropa blanca, con oro en el bolsillo y con billetes de Banco en la cartera, Becquer hubiera brillado y triunfado en los sa-



lones, pero acaso no hubiera hallado entre sus enamoradas á las que halló y enamoró saliendo en sueños de su pobre casa. Su deseo de amar, como la flecha del Príncipe de un cuento de *Las mil y una noches*, voló por cima de toda la *high-life* efectiva, y fué á clavarse en la dorada puerta de los encantados palacios y jardines del hada Parabanú, que, prendada de él, le tomó por esposo.

Muchas personas han creído y sostenido que Becquer imita á Heine. Otras aseguran que jamás le había leído, pero esto es falso. Becquer conoció y leyó á Heine; pero, si en algo le imitó, fué en escribir composiciones muy cortas como los *Lieder*, aunque rara vez coinciden, ni en el sentir ni en el pensar, los *Lieder* y las *Rimas*. Notables y originalísimos ingenios eran ambos, Becquer y Heine. Y sin embargo, nada más diferente, por no decir más opuesto, que las prendas, condición y carácter del uno y del otro. No hay espacio aquí para compararlos y hacer la distinción debida. Bástenos indicar que el talento de Heine era más extenso, y quizás más complicado y más hondo: el de Becquer más influido por el amor y la fe, y mucho más simpático, por su sencillez, generosidad y nobleza.

Nunca llegó Becquer á las alturas filosóficas, al casi religioso entusiasmo con que Heine, por ejemplo, retrata y ensalza, al maravilloso poeta de su casta Jeuda Ben Levi, de Toledo; pero tampoco se entregó, rebajándose, á las burlas impías y al sarcasmo más que volteriano á que Heine á menudo se entrega. Becquer jamás es chistoso; Heine suele tener mucho chiste, aunque cínico y desvergonzado con frecuencia. En resolución, Becquer y Heine apenas se parecen en otra cosa sino en haber escrito composiciones de poco número de versos.

La fama de Becquer se ha extendido en el Nuevo Mundo por todas las repúblicas donde se habla la lengua castellana. Por allí, así como en nuestra Península, le han salido no pocos imitadores. Celebrado ha sido también en América, y juzgado con acierto, sobre todo por el erudito é inteligente crítico D. Rafael María Merchán. De algo, no obstante, le censura éste en que me parece que peca de severo. Halla en cada una de muchas composiciones de Becquer una serie de comparaciones que pudiera prolongarse *ad libitum*, haciendo elástica la composición, y resultando defectuoso amaneramiento. No negaré yo que se advierten, en verdad, con harta frecuencia



las tales series de comparaciones. No negaré tampoco que cualquiera de estas series pudiera prolongarse, como pudiera prolongarse la letanía. ¿Pero qué poeta no se vale de comparaciones por el estilo? El lenguaje poético, natural y sin afectación ni *manera*, está lleno de imágenes siempre. Las imágenes abundan en las poesías más estimadas como obras maestras. La *joven cautiva* de Chenier es la espiga que no teme la hoz, el racimo de uvas que madura sin recelo de que en el lagar le pisen, el pájaro que canta sin miedo del cazador, y así pudiera ser otras mil cosas con las que al poeta se le hubiera antojado compararla. Oye Espronceda un ruido extraño durante la noche. ¿Serán, discurre, caballos que van galopando, ó el rugir de una fiera hambrienta, ó el zumbido del aquilón, ó la voz del trueno, ó el resonar de las olas del mar borrascoso? La misma elasticidad hay en estas preguntas que las que Merchán censura en Becquer. Espronceda hubiera podido llenar varias páginas preguntando si será esto, si será lo otro, hasta caer en la cuenta de que aquel ruido le arman los diablos que andan sueltos por el aire y aun por toda la amplitud del éter.

Manifestó Becquer constante aversión á

la política, y jamás quiso intervenir en ella, como hicieron muchos otros poetas de entonces, con lastimoso menoscabo de la poesía. Las luchas, los pronunciamientos y las guerras civiles, tan incesantes como estériles, se prestaban mal á la poesía encumbrada. Una oda ó una elegía sobre asunto político era difícil que no se confundiera con un ramplón, aunque rimado, artículo de fondo de un periódico diario. De aquí que el verso apenas se empleó con buen éxito para la política en elegías y en odas, sino que se aplicó á la sátira, y rara vez á la de alto vuelo como la de Juvenal, sino á la más baja, aunque no menos insolente. En ella lucieron, ó mejor diré malgastaron y despilfarraron su talento, hombres de gran valer; algunos que no llegaron á más, otros que se distinguieron y encumbraron por distintos caminos. Así fué satírico Eulogio Florentino Sanz, que también compuso algunas bonitas poesías líricas y dos obras dramáticas, que el público recibió con aplauso. Y así también se ensayó en la sátira D. Adelardo López de Ayala, tan celebrado luego como autor dramático, como lírico, como orador elocuente y como hombre de acción, revolucionario y enérgico.



El metro y la rima sirvieron para aguzar las flechas que los de un partido disparaban contra los de otro, valiendo como fortalezas y máquinas de guerra en estas escaramuzas bastantes periodiquitos desenfadados y provocantes á risa, donde se derramó mucha sal, no siempre ática. Entre todos estos poetas guerrilleros y procaces sobresalió D. Juan Martínez Villergas, quien con mejores estudios y dedicando su numen á más nobles y altos asuntos, hubiera podido dejarnos la rica labor poética que de su agudeza, su gracia, su rara facilidad de estilo y su fecunda y viva imaginación podía esperarse.

Por fortuna, varios de estos poetas satíricos, ya dotados de más cultura y elevado sentido moral, acertaron á prestar á sus composiciones cierta virtud didáctica y correctora de costumbres, como D. Santiago de Liniers en su irónico y gracioso *No visimo espejo y doctrinal de caballeros*, ya divorciándose de la política ó descuidándola, con buen humor y sin hiel, fueron, más que satíricos, festivos y jocosos, y á par de escribir para el teatro regocijados sainetes y zarzuelas, escribieron también letrillas, romances y coplas alegres, desplegando envidiable habilidad en el manejo del metro

y de la rima, y dando no pocas muestras de espontaneidad, *vis* cómica y natural gracejo.

El padre Blanco García, movido sin duda por la rigidez austera que su estado le prescribe, censura á estos poetas ligeros y populares, asegurando que las más de sus obras son cebo de la malicia y escuela de corrupción; pero yo, aunque se suponga que peco por el extremo contrario, nunca, ó rara vez, advierto tales desafueros é inmoralidades. Quevedo, Góngora, y no pocos otros autores de los buenos tiempos antiguos, son harto más desaforados y ofenden mil y mil veces más la decencia; porque conviene hacerse cargo de que, si bien en nuestros días hay más impíos, librepensadores que antaño, también los creyentes fervorosos ó los que presumen de serlo han reforzado y hasta aumentado los Artículos de la fe y los Mandamientos de la Ley de Dios, por donde apenas hay cosa que ya no sea herejía ó pecado, empezando por el liberalismo. Como quiera que ello sea, entiendo yo que en este rápido recuento debo citar con elogio los nombres siquiera de Sinesio Delgado, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Felipe Pérez, Vital Aza, Ramos Carrión, Miguel Echeagaray y López Silva. Y no es



esto decir que sea por desdén por lo que no cito á otros que tal vez lo merezcan, sino porque no los recuerdo, y porque esta brevísima reseña dista mucho de ser una historia.

Retrocediendo ahora contra la corriente del tiempo para hablar de poetas políticos, graves y encumbrados, diré, aunque sea algo triste, que, no ya por seguir la moda del romanticismo, sino por causas fundamentales, la poesía lírica no se recomendó por mostrarnos en el porvenir un hermoso y radiante ideal que nos sirviese de faro, en el que pusiésemos nuestra mira, y hacia el cual intentásemos subir con el corazón y con la mente, sino que fué, por lo común, poesía lastimera y punto menos que desesperada. Byron, Leopardi y no pocos otros, fueron así en países extranjeros. Y, por último, el pesimismo, que informaba sus raptos líricos, vino á explayarse y á metodizarse en tratados de filosofía.

Natural era que España, nación en el día menos favorecida de la suerte que otras naciones de Europa, tuviese poetas pesimistas en abundancia, y lúgubres y desesperados.

Conmovedoras suelen ser las lamentaciones de tales poetas por la pérdida de la

fe religiosa, que ya aparece como duda, ya como negación terminante, y también por la decadencia y abatimiento de la patria, cuyo vigor y cuyo poderío tal vez en dicha fe se habían nutrido y sostenido. De aquí que entre nosotros se notase tanto y se note todavía la verdad de la sentencia que dice:

Siempre á nuestro parecer  
Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor.

Por manera que, según he indicado no pocas veces, ocurre en España que los poetas, decididos progresistas en prosa, sean retrógrados en verso; pero retrógrados ó no, casi nunca tienen y casi nunca dan esperanza segura de progreso y de mejora.

Entre tales poetas melancólicos se distingue uno que lo fué en su primera mocedad, y cuyos ulteriores triunfos como diplomático y como político han eclipsado sin razón los esplendores de su poesía.

Me refiero á D. Salvador Bermúdez de Castro. Bien se puede afirmar que antes acaso de cumplir los veinticinco años soltó la lira y la dejó abandonada, dedicándose á profesión más práctica, y probando su rara aptitud en el tino con que representó á España en Méjico, en Nápoles y en París, y



en las prendas de orador disertor y juicioso de que dió pruebas en ambos Cuerpos colegisladores.

Yo lamento, con todo, que Bermúdez de Castro abandonase la poesía por la política y por la diplomacia. No es esto rebajar sus méritos de hombre de Estado. Presumo, sí, que adonde él llegó como tal, hubieran llegado muchos más que á donde él hubiera llegado por la poesía, no abandonándola y cultivándola siempre; pero á la efervescencia tumultuosa de su alma, que al principio le hizo poeta, hubo él de preferir la paz, el interior reposo y el sereno juicio que no atormentan, aunque den menos gloria.

Ardiente sed de esta gloria, de ciencia, de amor, de deleites y de hermosura, agitaron y enardecieron su espíritu, en los primeros años de su vida mortal. De ello nos ha legado en sus *Ensayos poéticos*, publicados en 1840, un elegante y bello testimonio.

Allí se advierte también el tumulto violento de vagos deseos y de fervientes aspiraciones hacia objetos que ya la razón negaba ó de cuya realidad dudaba, ó de cuyo logro y satisfacción al menos desvanecía toda esperanza.

Bien quisiera el poeta ser hombre de acción, seguir las huellas de los antiguos

héroes españoles; pero de nuestra patria tan abatida no se podía afirmar ya lo que él afirma y ve en la época de Carlos V y de Felipe II.

Entonces sombra al cielo nuestro estandarte daba;  
Doblaban sus rodillas los reyes con temor;  
Y donde quier que un hombre su frente levantaba,  
El nombre de la España sonaba vencedor.

Del mundo de Occidente las mágicas regiones  
Los nuevos argonautas pasaban á explorar;  
Y al soplo de la gloria, castillos y leones  
Volaban por la tierra, vogaban por la mar.

Los anhelos no satisfechos del poeta  
abrumaban su espíritu,

Como del mundo la insufrible carga  
Sobre los altos hombros del Titán.

Hastiado de amoríos y ansiando desechar ambiciosos ensueños, tal vez pensó entonces en la vida ascética, en la soledad del yermo, en el retraimiento místico, en tomar el bordón de peregrino, en ir á Tierra Santa, en esconderse en una gruta ó en subir á la cumbre del monte Carmelo. Pero fallecía en él la fe religiosa. Buscó á Dios en la Naturaleza y no pudo descubrirle. Le buscó también en la historia, en la tradición, en la revelación, en los libros sagrados, y no halló tampoco al que anhelaba su alma. Acaso vislumbraba la imagen del Dios fuer-



te, terrible, vengador, y no era éste el Dios en quien él deseaba creer; el Dios no encerrado en *negros muros*, sino el que se revela en la primavera florida, el Dios amoroso y benigno que fecundiza, conserva y hermosea cuanto existe, y de quién él entiende todavía

Que si orgullosa la razón le niega,  
Le revela doquiera el corazón.

Tenemos, pues, al poeta, racional y dialécticamente más escéptico que Kant, tornarse creyente y piadoso por el sentimiento, por virtud del alma afectiva.

En lo tocante á esperanzas liberales, casi se muestra el poeta más escéptico que en lo religioso. Leyendo sus versos *La Libertad*, noto yo, al través de vacilaciones y de dudas, que está poco satisfecho de la de Europa, que no confía en su persistencia y en su influjo bienhechor, que los verdugos demagogos han manchado las *frescas flores* de su túnica, y que un *viento favorable al despotismo* en pos de las revoluciones democráticas trae siempre tiranos. El poeta busca la verdadera libertad, como antes ha buscado á Dios; pero tampoco la halla, y exclama:

En vano aquí, solitario,  
Ruego, invoco, pienso, dudo;  
El oráculo está mudo,  
Y desierto el santuario.

En su desesperación discurre entonces emigrar á América, no para vivir en ninguna de aquellas Repúblicas que sacudieron el yugo de España para doblar la cerviz al que les imponen á menudo insolentes caudillos, sino para refugiarse en el enmarañado seno de alguna selva virgen. Convida para que allí le acompañe, volviendo á la vida primitiva é inocente de la edad de oro, á una linda dama, que es de suponer que no aceptase el convite á pesar de los regalos y primores con que en aquel retiro el poeta le brindaba. La dama, sin duda, desdeñó las promesas, que contienen, entre otros versos, los que siguen:

Yo subiré á la cima de los montes  
Para tejer con flores tu guirnalda;  
Ven: que un lecho de rosas y esmeralda  
La selva en sus entrañas te dará.  
No ceñirás las joyas que te esperan;  
Mas á tu paso el álamo sombrío,  
Sacudiendo las gotas de rocío,  
Tus cabellos de perlas sembrará.

Fenómeno curiosísimo es, en mi sentir, que poco antes del año de 1848 apareciese en



España un poeta, no nacido entre nosotros, sino venido de América, y que mostrase, en lugar de crueles desengaños en las cuestiones sociales y políticas, altísimas, risueñas, luminosas y puras esperanzas. Harto poco duraron éstas, pero merecen consignarse á pesar de su breve duración. Las causas que las hicieron nacer duraron también muy poco.

Un fecundo movimiento intelectual, filosófico y poético había preparado la revolución en Italia. Al empezar esta revolución, cuando no los políticos experimentados, gran parte del pueblo y los poetas candorosos y entusiastas, pudieron creer, y hasta creyeron, que dicha revolución iba á ser dirigida y santificada é iba al cabo á salir triunfante bajo la enseña de un nuevo Lábaro.

El singular escritor Vicente Gioberti prestó á tales ilusiones la aparente consistencia de lo real y factible. El mismo bondadoso sucesor de San Pedro vino á prendarse y quizás á deslumbrarse con los ensueños de Vicente Gioberti. Eran ensueños parecidos á los que en los coros de sus tragedias y en sus *Himnos sacros* había expresado Manzoni; la estrecha y santa alianza del catolicismo y del espíritu del siglo purificado. La independencia y la libertad de

Italia debían lograrse por la confederación de sus príncipes con el Padre Santo á la cabeza. Pío IX eclipsaría la gloria de Alejandro III. La victoria de Italia arrojando de su seno á los bárbaros, sería más brillante y completa que los triunfos de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja, recientemente historiados por el P. Tosti, monje de Monte-Casino. Todo ello ejercería influjo transcendente y benéfico sobre los pueblos de raza latina, que se sobrepondrían de nuevo á los pueblos del Norte. La civilización, extraviada desde la reforma de Lutero, volvería á tomar el camino recto, clásico, romano y católico. Hasta la dañada filosofía que desde Descartes á la extrema izquierda de Hegel había ido cayendo en hondos errores, sensualistas, materialistas, panteístas y antiteístas, acabaría por regenerarse bebiendo su alta inspiración en manantiales ortodoxos y reanudando la solución de continuidad que de los grandes filósofos y teólogos de la Edad Media y del Renacimiento la separaba.

Todas estas ideas, vertidas en las obras de Gioberti, penetraron con más ó menos vaguedad y confusión en la mente de muchos italianos y aun en la de no pocos ex-



tranjeros, y les hicieron esperar y pronosticar un porvenir dichoso.

Lástima es que el poeta á que he aludido últimamente, y que tuvo el innegable mérito de entusiasmarse con visiones tan hermosas y de cantarlas en sus versos, poseyese estilo más fácil y abundante que conciso y nervioso, y careciese de toda la serenidad de espíritu y quizás del exquisito buen gusto y del vasto saber que para tamaña empresa se requerían. De todos modos, el mejor título de dicho poeta, D. José Heriberto García de Quevedo, á que le recordemos aquí con elogio, es cuanto escribió inspirado por la idea güelfa de la naciente revolución italiana. Los guerreros de la libertad eran al mismo tiempo Cruzados; el Papa, su jefe supremo; y la bandera revolucionaria constaba de los mismos colores, simbólicos de fe, esperanza y caridad que vió Dante en las vestiduras de Beatriz cuando se le apareció en la cumbre del Purgatorio para conducirlo al Paraíso.

Por desgracia, las profecías salieron falsas; las esperanzas se disiparon. Temió el Sumo Pontífice ser arrebatado por la Revolución, figurar como principal beligerante en una sangrienta guerra entre naciones cristianas y hasta provocar un cisma en la

Iglesia. Quiso entonces moderar el ímpetu del partido revolucionario, y acabó por infundirle desconfianza y enojo. Su ministro Rossi cayó muerto bajo el puñal de un asesino, no sólo impune, sino ensalzado. Huyó el Papa á Gaeta, no considerándose seguro en Roma, donde se proclamó la República.

Así feneció el liberalismo güelfo. Así el divorcio entre la Iglesia y el llamado espíritu del siglo renació con mayor fuerza que nunca.

---

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO